

UN SIMPLE PAÑUELO

Frente a un viejo saxofonista callejero, se planta un estudiante. El chico pertenece a la banda municipal y ese martes tiene ensayo a las cinco. Sabe que no tiene tiempo para ocuparse de escuchar esas notas que salen del instrumento de aquel músico, pero queda preso de su melodía, a pesar del aspecto poco saludable que muestra su portador. De repente, observa con indignación cómo un transeúnte arroja al anciano un puñado de arena a la cara. Su falta de solidaridad lo enfurece, pero lejos de arremeter contra aquel energúmeno, ayuda al saxofonista limpiándole el salitre del rostro con un simple pañuelo. El hombre, agradecido, no comprende aquel gesto; está acostumbrado a ser apaleado. El joven solo responde: “Mi clarinete no entiende la situación”. Desde entonces, aquellas dos almas musicales se reúnen cada martes a las cuatro para deleitarse juntos, unidos por un simple pañuelo.